

XXXIII JORNADES
**XARXA
MUSEUS
LOCALS**

Museus i
SOStenibilitat.
De la missió
a l'acció

Seminari híbrid

17 i 18 de novembre de 2021

**Hacia una cultura centrada en la sostenibilidad
de la vida**

Yayo Herrero

Consultora, investigadora i professora en els àmbits de l'ecologia política,
els ecofeminismes i l'educació per a la sostenibilitat.



**Diputació
Barcelona**

Nos encontramos en un estado de emergencia planetaria. La humanidad y los ecosistemas de los que dependemos se enfrentan a una grave e irreversible crisis climática, al declive de recursos energéticos fósiles y de otros minerales, a una acelerada pérdida de la biodiversidad y una creciente contaminación química. Todo ello, además, en un contexto de lacerante explotación humana y de creciente desigualdad determinada por la clase, el género o el lugar de nacimiento.

Han transcurrido casi cincuenta años desde que el informe Meadows, auspiciado por el Club de Roma, advirtiera sobre la inviabilidad del crecimiento sostenido de la economía y del consumo en un planeta con límites físicos. Aquel informe anticipaba de forma certera lo que hoy es ya nuestra realidad material: la translimitación de la biocapacidad de la Tierra, el cambio climático y el acaparamiento desigual de los recursos. Una situación que se acentúa cada vez más y que dificulta la supervivencia y la vida digna para la mayor parte de la humanidad y muchas otras especies.

La comunidad científica ha venido alertando en informes e investigaciones de que el origen de estos conflictos se encontraba, clara e inequívocamente, en la colisión entre el funcionamiento de los sistemas naturales y el metabolismo agro-urbano-industrial globalizado. Sin embargo, el negacionismo, creado, alentado y financiado por personas que defienden intereses económicos que se contraponen a la conservación de la vida, ha conseguido generar dudas en muchos sectores sociales y retrasar transformaciones que deberían haberse acometido hace muchos años.

La gobernanza internacional, por el momento, se muestra incapaz de responder a lo que la comunidad científica plantea y las tibias acciones emprendidas se quedan muy cortas para encarar la crisis ecosocial de forma justa. Sin ir más lejos, los resultados de la COP26 celebrada en Glasgow, ponen de manifiesto que la política está abandonando a la gente, sobre todo a la más empobrecida y vulnerable. Las élites económicas y políticas actúan como si hubiesen desahuciado a parte de la humanidad.

Urge un cambio de rumbo que reconozca los límites físicos de la Tierra y que impulse formas de organizar la vida en común basadas en la justicia, el reparto y la dignidad. Este cambio no vendrá concedido graciosamente por un poder que lleva décadas sin hacer nada y que más bien profundiza, año tras año, el hoyo en el que nos hundimos. No habrá una transformación proporcional a la dimensión de la crisis a menos que mucha gente común se involucre en exigirla y en construirla.

Es preciso reconocer que, aunque las proyecciones que el movimiento ecologista ha venido haciendo se están cumpliendo con exactitud, ha sido un movimiento minoritario y la única forma de contrarrestar un poder económico, político y militar desmedido que se sostiene sobre los pilares de la insostenibilidad, la desigualdad y el racismo, pasa por conseguir que sumemos a muchas personas más. Las movilizaciones en torno a la justicia ambiental han sido, en todo el mundo, una fuente constante de conocimiento, lucha y cooperación entre personas del Norte Global y el Sur Global. Las resistencias de los pueblos originarios y campesinos ante los

proyectos de las transnacionales extractivistas o el agronegocio; las mujeres de zonas de sacrificio que resisten; las luchas contra la especulación urbanística, los movimientos en defensa de la vivienda, de la soberanía alimentaria, la juventud de Fridays for Future... Personas que en diversas latitudes van conformando una ciudadanía global consciente de la devastación del territorio y de las vidas.

¿Por qué una sociedad que se autodenomina sociedad del conocimiento niega las evidencias y mira hacia otro lado, aunque en el fondo sepa y *sienta* que las cosas no van bien?

En nuestra civilización la economía, la política y la cultura se han constituido como si “flotasen” por encima y por fuera de la naturaleza. Se apoyan sobre una creencia tan ilusa como peligrosa: la de que los individuos somos completamente autónomos e independientes de la naturaleza y del resto de personas. Esta fantasía de la individualidad¹ es un mito peligroso para los seres humanos no privilegiados, y letal para el planeta y el resto del mundo vivo. Lo que llamamos economía es un potente sistema digestivo que devora, a toda velocidad, minerales, petróleo, bosques, ríos, especies y personas y defeca gases de efecto invernadero y residuos peligrosos que envenenan la tierra, el aire o el agua.

Tres son, a nuestro juicio, los conflictos que debemos resolver si aspiramos a continuar sobre el planeta. El primero tiene que ver con subsanar el “analfabetismo ecológico”, fundacional de la civilización industrial, que enseña a mirar la naturaleza, e incluso nuestros cuerpos, desde la exterioridad, la superioridad y la instrumentalidad. El segundo es la contradicción esencial que existe entre un planeta con límites físicos –ya superados– y la dinámica expansiva de una economía hegemónica que necesita crecer extrayendo cada vez más recursos, alterando los ciclos naturales y generando cantidades ingentes de residuos, que se autopresenta como si fuese una ley natural inapelable y que está dispuesta a sacrificar todo –territorios y vidas dignas– con tal de aumentar el beneficio. El tercero tiene que ver con la invisibilidad que presentan las relaciones de cuidado mutuo como insoslayables para sostener las vidas.

Reconocernos como seres vulnerables pertenecientes a la Tierra

La vida tiene dos dependencias que son insoslayables. En primer lugar, la vida humana transcurre inserta en un medio natural, una naturaleza de la cual formamos parte. La vida, en su conjunto, funciona como un gran organismo del cual nuestra especie forma parte. Esta trama de la vida se autoorganiza y se autoregenera a sí misma. La vida en su conjunto progresa cambiando. Se desenvuelve entre la estructura y el azar.

Somos, por tanto, seres radicalmente ecodependientes y por serlo nuestra vida está insoslayablemente condicionada por el funcionamiento de los sistemas naturales y los límites biofísicos. Límites en lo renovable,

¹ Hernando, Almudena (2012): *La fantasía de la individualidad*. Madrid. Katz Editores.

en lo no renovable y en los sumideros que degradan y vuelve a introducir en los ciclos naturales los residuos generados.

La cuestión es que, sobre algo que tiene límites, nada se puede plantear crecer de forma indefinida. Nos encontramos, entonces, con un primer conflicto: el que existe entre una especie, la humana, que vive en un planeta que tiene límites físicos y que, sin embargo, ha configurado – en las sociedades occidentales - una manera de organizarse materialmente que es estructuralmente expansiva. Una economía que necesita crecer de forma permanente extrayendo materiales, generando residuos y alterando sistemáticamente los ciclos naturales que sostienen el conjunto de la vida. Estas alteraciones y degradaciones están detrás de la proliferación de enfermedades y riesgos para la salud que vivimos en estos tiempos de pandemia.

Y no solo somos ecodependientes. Los seres humanos vivimos encarnados en cuerpos que son vulnerables, que son finitos. Tienen que ser atendidos porque presentan permanentes necesidades mientras estén vivos. Las personas necesitan cuidados a lo largo de toda la vida, y de forma más intensa, en algunos momentos del ciclo vital. La infancia, la vejez, toda la vida en el caso de algunas diversidades funcionales, en los momentos de enfermedad... La dependencia de otros y otras, no es una anomalía ni algo patológico, sino que es un rasgo inherente de la vida humana

La vida humana no se puede mantener si no transcurre inserta en una sociedad que garantiza la interacción con los bienes fondo de la naturaleza para obtener bienes y servicios que satisfagan necesidades. Y si no transcurre en un entorno social que asegure que se van a recibir los trabajos de cuidados adecuados y necesarios, sobre todo en los momentos del ciclo vital más vulnerables. Por tanto, cada vida humana concreta, por el hecho de haber nacido, no constituye en modo alguno una certeza. Una vida nacida es una posibilidad, y lo que hace que esa vida posible se transforme en una vida cierta, es que transcurra en ese entorno que garantiza las relaciones de ecodependencia y de interdependencia.

Sin embargo, las sociedades occidentales hemos construido una forma de entender la sociedad, la economía y la política que le da la espalda y se desarrolla en contra de las relaciones de ecodependencia e interdependencia que mantienen la existencia física. Esta oposición es una declaración de guerra contra la vida que ha terminado provocando una crisis de civilización que afecta a todos los órdenes y resquicios en los que ésta se manifiesta.

La lógica económica, basada en el crecimiento, que no observa ni comprende los límites se ha instalado también en los imaginarios sociales, que han interiorizado una especie de lógica sacrificial: todo merece la pena ser sacrificado con tal de que la economía crezca. A causa, entre otras cosas de la superación de los límites planetarios, la economía global cada vez tiene más problemas para crecer satisfaciendo las necesidades de todos y todas. Cada vez hay más gente arrojada a los márgenes de la vida.

A la luz de lo anterior, facilitar la construcción de una nueva ciudadanía consciente del momento que vivimos, capaz de actuar en lo local, comprender los procesos globales y comprometerse con el cambio se convierte en una cuestión central que debe ser promovida desde los primeros años de vida.

Salir de esta situación en condiciones buenas para la mayor parte de la gente y también para el resto del mundo vivo requiere aceptar la realidad material en la que hoy se inserta la trama de la vida.

Lo primero es asumir que el decrecimiento de la esfera material de la economía es un dato. No una opción, es un dato. La economía va a decrecer materialmente sí o sí. Hablamos de la contracción de la escala material, no de la mera reducción del Producto Interior Bruto. Se decrecerá en el uso de energía, de materiales, en la huella ecológica global, en la disponibilidad de agua en muchos lugares, ...

La comunidad científica nos dice que esta contracción es, simplemente, el resultado del desbordamiento de los límites planetarios. Puede abordarse de formas diferentes. Si quienes toman las decisiones, por ejemplo, la Unión Europea, nuestro gobierno, el de Estados Unidos, de China... siguen con la deriva actual. El decrecimiento forzoso se resolverá de forma violenta y desigual. Aquellos sectores que están amparadas con el poder económico, el poder político y el poder militar seguirán sosteniendo estilos materiales de vida acaparando los recursos, mientras cada vez más gente va quedando fuera.

Podemos incluso proyectar distopías ecofascistas. Incluso si las propuestas mejor intencionadas apuestan por economías de crecimiento, ahora vestidas de verde, que se desconectan y se desresponsabilizan de las condiciones de vida de todas las personas, el resultado será un mundo extremadamente desigual y para nada estará garantizada la resolución de la crisis ecológica.

La segunda vía es difícil pero viable. Se trataría de asumir la inevitable reducción de la economía desde una perspectiva de equidad. Ello requeriría apostar por tres principios.

En primer lugar, el principio de suficiencia. Nos referimos a aprender a vivir con lo suficiente. Hay personas que obviamente pueden vivir con mucho menos materiales y energía, y otras, que van a necesitar algo más porque no llegan a los mínimos que necesitan. La suficiencia implica cambiar radicalmente los estilos de vida, y organizar el consumo en torno a las necesidades de todas las personas y la consciencia de límites. El principio de suficiencia abre un debate social sobre las necesidades, que en modo alguno está resuelto. Debatir sobre las necesidades en el mundo concreto de la crisis ecológica nos obliga a pensar desde el marco material realmente existente y no desde el que imaginamos o nos gustaría.

Y asociado a ese principio de suficiencia va el segundo principio: el reparto de la riqueza. Luchar contra la pobreza es lo mismo que luchar contra la excesiva riqueza. Repartir la riqueza y también las obligaciones

que comporta tener cuerpo y ser especie es la expresión de la corresponsabilidad. De corresponsabilidad entre las personas, de corresponsabilidad entre instituciones y personas.

El último de los asuntos es la adopción de lo común y del cuidado como faro de la política pública. La lógica del cuidado puede impulsar o puede servir de palanca para poder arbitrar lo común como elemento constituyente.

Tenemos, por tanto, el reto de, además de disputar de hegemonía económica y política, sobre todo el de disputar la hegemonía cultural. La fantasía de la individualidad se asienta cómodamente en la antropología capitalista. El paso de la fantasía a una imaginación feminista, ecologista, justa y decolonial, que sea capaz de prefigurar nuevas formas de vivir en común es nuestro gran compromiso. Necesitamos aprender a mirar desde “dentro de la vida y de la Tierra”. Es un ejercicio de rebeldía y desobediencia y también de amor.

Proponemos siete ejes² para avanzar en un aprendizaje que conduzca a vivir pisando ligeramente sobre la tierra y a hacerlo de forma justa:

- Colocar la vida en el centro de la reflexión y de la experiencia

Nos referimos a comprender la esencia ecoddependiente de la vida humana. Somos naturaleza y nuestra vida está sujeta inevitablemente a los límites físicos de la Tierra. Comprender el sol como motor de la biosfera, la organización cíclica de los procesos de la vida, la importancia del agua o el aire limpios... son aprendizajes básicos.

También somos interdependientes. La vida de una persona en solitario es inviable. Cada persona necesita ser cuidada a lo largo de toda su existencia y sobre todo en algunos momentos del ciclo vital. Históricamente han sido mayoritariamente mujeres quienes se han ocupado, injustamente, de sostener la vida cotidiana y generacional, de forma invisible y en contextos que con frecuencias son contrarios al propio mantenimiento de la vida. Por ello las miradas ecofeministas, constituyen una buena guía para la reconstrucción de modelos que pongan la vida en el centro del interés.

- Vincularse al territorio próximo

La sostenibilidad requiere de la cercanía y se asienta en lo local, por ello el desarrollo de lazos afectivos con el entorno más cercano es clave para recomponer un mundo en crisis. El barrio, el pueblo, los

² Una ampliación de esta propuesta se encuentra en el libro Herrero, Yayo, Cembranos, Fernando y Pascual, Marta (2011). *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Hacia una cultura de la sostenibilidad*, Madrid, Libros en Acción.

movimientos sociales, las familias, la comunidad, el territorio y toda la vida circundante deben estar completamente conectados con la actividad educativa.

Lo que Eric Klinenberg³ denomina infraestructuras sociales (bibliotecas, escuelas, centros de salud, etc.) constituyen lugares idóneos para tejer esos vínculos con los próximos. Los museos locales son conectores privilegiados entre personas y de estas con los territorios. Son, en palabras de este autor, palacios del pueblo.

- Tejer comunidad y poder comunitario.

Aprender a desarrollar relaciones comunitarias es el gran reto que tenemos por delante. Un futuro justo dependerá de aprender a compartir en mucha mayor medida que en ningún otro momento de la historia y aprender a buscar soluciones colectivas basadas en la lógica del bien común. El diálogo, la escucha, la resolución de conflicto y la búsqueda de consensos son capacidades a desarrollar, sobre todo, en sociedades en las que el individualismo se ha extendido y estimulado.

- Alentar la diversidad.

La diversidad es un patrón sistémico de lo vivo. Nos referimos a la diversidad natural, de especies y formas de vida, pero también la diversidad cultural, de tipos de cuerpos, de idiomas, de culturas, de formas de amar... Aprender a valorar y celebrar – no a tolerar – la diversidad de todo lo vivo es una vacuna contra las violencias racistas, xenófobas y neofascistas a las que puede empujar una crisis ecosocial incomprendida en un marco injusto.

- Desenmascarar y denunciar el actual modelo de desarrollo.

La destrucción de la naturaleza, el empobrecimiento y la desigualdad son diversas manifestaciones del mismo problema. Un modelo de mal desarrollo sostenido por una serie de creencias nefastas para las personas y los ecosistemas. La ilusión del crecimiento ilimitado, la fantasía de la individualidad, la sacralización de la propiedad y del dinero como única medida de todo valor son parte de esos mitos que conviene desvelar. Proporcionar herramientas para que las personas puedan reflexionar críticamente, es fundamental.

- Hacer acopio de saberes que acercan a la sostenibilidad y experimentar el poner en marcha alternativas.

Las culturas sostenibles son generalmente presentadas como atrasadas y la vulneración de sus derechos más básicos no forma parte de los aprendizajes en la escuela. Las soluciones que se ofrecen son meramente

³ Klinenberg, Eric (2021) *Palacios del Pueblo. Políticas para una sociedad más igualitaria*, Madrid, Capitan Swing.

tecnológicas y las acciones que pueden realizar las personas son individuales e irrelevantes para la escala del problema.

Es importante aprender a desarrollar habilidades que conduzcan a saber vivir bajo el principio de suficiencia y presionando mucho menos sobre los recursos naturales. Nos referimos a poner en marcha proyectos que desarrollen formas alternativas de resolver la alimentación, el transporte, la cultura o el ocio, que conduzcan a una reducción del consumo: saber sembrar un huerto, reparar objetos, coser ropa...

La clave es hacerlo colectivamente. A vivir de forma sostenible se aprende practicando. Los museos locales y los contextos educativos pueden ayudar a ellos: aprender a reparar objetos rotos, a reutilizar, a cultivar alimentos saludables, a desplazarse de forma sostenible.

Los museos locales son espacios idóneos para explorar todas estas vías. De hecho, muchos de ellos ya los vienen haciendo desde hace tiempo. Consolidar las colaboraciones entre ellos y construir alianzas público-comunitarias entre estas instituciones y la sociedad puede ayudar a vislumbrar horizontes de deseo que puedan ser compatibles con la Tierra que habitamos. Son infraestructuras sociales y territoriales desde las que construir utopías sobre las que hacernos fuertes.